

CADA QUIEN SE QUEDA CON SU GOLPE

Diego Castillo Quintero



Cada quien se queda con su golpe

(tríptico sobre el desamor)

Diego Castillo Quintero



I

Sus murciélagos

Era tan claro, tan evidente, que lo había pasado por alto. Había un lápiz en aquella mesa... Ese instrumento para escribir o dibujar, para ponerse sobre la oreja cuando se tienen las manos ocupadas, para borrar cuando uno comete errores. Un lápiz, qué daño podía hacer un simple lápiz.

Pero en realidad me estaba haciendo tonto, desviando los pensamientos hacia cualquier rumbo que no fuera el recuerdo, presintiendo los murciélagos en las entrañas, sus murciélagos. Al revisar algunas notas viejas llegué a un sitio del pasado donde esa mujer y yo discutimos por algo que ya he olvidado. Yo estaba en su casa, parado en el umbral de la puerta que da

a la calle, a punto de largarme. Debíó ser una pelea de tantas.

A veces uno abandona todas las luchas, todas las causas, porque nunca le pertenecieron. Deja de esforzarse hasta por cuidar de uno mismo y por lo que tanto se llegó a querer. “Digamos que me quedé mirando cómo esa mujer se marchaba con todas las bandadas. No fui capaz de decirle que no, que esperara, que yo tenía algo para darle todavía, porque ya no quedaba nada”.

“Nuestro amor fue esa piedra que se queda callada cuando le hablamos, pero que se interpone en nuestro camino para que trastabillemos. Nuestro amor fue esa piedra que nos golpeó la cabeza y que no vimos venir”. Por supuesto ya olvidé de dónde saqué esa idea.

Algunas de las viejas anotaciones eran un mensaje para un pasado imposible: “Escucha: soy el tú de cinco años después. Recapacita. Hiciste muchas cosas mal. Te advierto: cuando

ella diga que eres libre, cuando llegue el día de ejercer esa libertad, no la tomes. Sigue de largo porque después lamentarás haberte creído esa patraña. Todo lo que rompas, arréglalo, antes que lo descompuesto pase de la casa al interior de ti o de ella. Y por favor, no le grites aquel lunes, no la odies aquel jueves. No la empujes aquel domingo; por más que ella te insulte, no la empujes”.

Seguí revisando más apuntes que deberían irse a la basura: “Hablar de tus intentos de suicidio sí me duele, pues digo ser un sujeto que asimila bien su tristeza, pero con ese asunto no; no puedo. Me derrotaste. Y aunque yo salí corriendo no pude escaparme. Me fui, te abandoné, pero te traje conmigo sin querer: fardo vivo de huesos y cabello”. Un lápiz me separó de esa mujer. Una vez, discutimos, nos gritamos y llegamos a los insultos. Yo estaba en el umbral de la puerta que da a la calle, a punto de largarme. Ella no podía ver

con nitidez por culpa de la ira, tomó el objeto que tenía más cerca, un lápiz sobre la mesa próxima, y apuñaló su brazo izquierdo como si fuera a mí a quien matara.

Recuerdo que mi enojo se disolvió en seguida. Ella se dio cuenta de lo que acababa de hacer y se calmó también, para luego soltar el lápiz al tiempo que yo la sujetaba suavemente; al ver pequeños brotes de sangre, se dejó conducir hasta el lavabo del baño. La regañé sin ganas cuando el agua caía sobre los puntos sangrantes de su brazo; me acuerdo de que además le quité pedazos de grafito que tenía enterrados. Me sentí como un padre curando a su niñita herida, que llora bajito mientras le lavan las heridas. Ella dijo que le dolía, pero yo mantuve su brazo bajo el chorro del agua y le repriminé tiernamente que debía aguantarse. Le puse un par de curitas como si con eso se remediaran todos

nuestros problemas y fue todo, nos fuimos a dormir.

Pero ese día, claramente, vi alzarse una barrera enorme entre nosotros, un muro alto que jamás fue derribado. Con el paso del tiempo, después de tanto grito y tanto enojo, nos fuimos separando.

Un pinche lápiz, qué daño podía hacer.

II

O tal vez un gato negro muerto en el baldío

Nuestro amor es esa tradición boliviana del takanakuy, donde se resuelve toda clase de problemas por medio de los puños.

Nuestro amor también es esa persona que se asoma a un barranco y siente ganas de arrojarse, porque las piedras afiliadas del fondo le extienden, como llamándola, unos brazos invisibles.

Es esa fiesta que termina mal, con borrachos llorando, abrazados, la nariz ensangrentada, un labio roto y la casa destruida.

Nuestro amor es ese accidente vial en el que las partes implicadas se culpan entre sí, pero al final cada quien se queda con su golpe.

III

Unidos/separados

A un mismo tiempo la espero en el altar y ella prepara su equipaje. La miro entrar a la iglesia mientras guarda con enojo varias de sus prendas. Camina hacia mí con su bello vestido de novia, aunque por las prisas apenas alcanza a rescatar del ropero su abrigo favorito. Dice “acepto”, pero con dificultad le cierra la maleta. Los invitados a la boda la ven escribirme una carta con fea letra y después azotar la puerta al salir, como si así consiguiera confinar el pasado para siempre, mientras en el tiempo que yo no he llegado a casa, sonreímos, decimos nuestros votos, nos colocamos los anillos. Nos besamos afuera de la

iglesia conforme ella sube al autobús. El arroz llueve sobre nosotros, justo cuando yo me derrumbo en la cama con su carta apretada en un puño. Nos vamos a casa después de una larga fiesta. Vuelvo a leer que su recado dice “hasta nunca; eres lo peor que me pasó”, al tiempo que la levanto en brazos y la meto a nuestra cama nueva. Permanecemos así, recostados el uno junto al otro, mientras cada cual va por rumbos diferentes, hasta que la muerte nos una/nos separe.

*



Cada quien se queda con su golpe (tríptico sobre el desamor),
de Diego Castillo Quintero, se publicó digitalmente en diciembre de
2019. DUBIUS editores autoriza la reproducción de este libro, total o
parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre que sea para
uso personal o académico y no con fines comerciales.

Pachuca, Hidalgo, en el centro del mundo.

